

EL HIGIENISTA MONLAU

Apuntes para una biografía contextual

Marta Cuñat Romero

Introducción

El propósito de este texto es demostrar las posibilidades que ofrece la biografía de un higienista, Pedro Felipe Monlau, para el estudio en profundidad de las conocidas imbricaciones entre medicina y política, en la España y la Europa decimonónicas. El nexo entre ambas cuestiones ha sido puesto de relieve por la historiografía en repetidas ocasiones desde hace décadas, generando un debate entre los historiadores de la medicina en torno, por un lado, al grado de poder que alcanzó la llamada “policía médica” y, por otro, al tipo de estados (más o menos autoritarios) en que ésta encontró un mejor caldo de cultivo en el que desarrollarse. Se trata de una problemática que, con una herencia claramente ilustrada, surge con la irrupción del capitalismo y de los distintos liberalismos en Europa a partir de principios del siglo XIX. El modo en que los diferentes estados a lo largo del siglo fueron haciendo frente a la creciente pobreza surgida de la explosión de las ciudades y de la industria, así como a las diferentes epidemias que fueron apareciendo y expandiéndose por vía del comercio –con el cólera como principal protagonista desde principios de los años 1830s- a través de Europa, constituyen factores centrales para el análisis de esa imbricación de la medicina con su contexto político y socio-económico. También deben ser tenidos en cuenta al mismo tiempo otros temas como el desarrollo de políticas de beneficencia, en los nuevos términos en que ésta se plantea a partir de la ruptura liberal. La función moralizadora de la medicina con el objeto de prevenir los contagios, de ayudar a mantener una ciudad limpia o de inculcar a la población unos hábitos higiénicos resulta central. La llamada ideología de la domesticidad o de las dos esferas de influencia separadas descansa en lo más profundo de esas pretensiones moralizadoras.

Se encargó con particular ahínco de desarrollar esas funciones una antigua rama de la medicina, la higiene, que a la luz de los cambios del siglo recibió un nuevo impulso dando lugar a la llamada Higiene moderna. La higiene como disciplina en plena consolidación en el siglo XIX y en busca de un espacio de influencia fue cobrando

cada vez más una significación propia en torno a dos caras de una misma moneda: la higiene pública y la higiene privada. ¿Cuál fue exactamente el papel desempeñado por los higienistas en la construcción de la sociedad liberal? ¿Cuál es el grado de imbricación entre políticas liberales e higiene y cómo podemos acercarnos a esta cuestión? Mi propuesta es hacerlo a través de una vida que transcurrió y vino a quedar situada en el centro de esta compleja evolución: la vida del higienista Monlau.

Pedro Felipe Monlau y Roca (1808-1871) ha sido considerado el principal artífice de la difusión de la higiene en la España decimonónica. “En general –afirmaba López Piñero ya en 1964 mientras trataba de desenterrar las principales figuras que habían dado forma al higienismo español-, puede decirse que la obra de Monlau constituye la primera y más firme base de la higiene en nuestro país como disciplina científica moderna”. “En las sucesivas ediciones de sus tratados de higiene pública y privada se educaron los médicos españoles durante más de medio siglo”¹. Constituye, además, un buen ejemplo de lo que el mismo López Piñero llamó la “generación intermedia”, refiriéndose a aquellos científicos cuya madurez profesional se desarrolla durante el reinado isabelino. Se trata de un período que supuso a nivel político, social y económico, la consolidación del régimen liberal, y, a nivel científico, una progresiva recuperación y la rápida introducción de las corrientes europeas, tras el período catastrófico que para el desarrollo de las ciencias supusieron las guerras y el retorno de Fernando VII hasta su muerte (1808-1833). Muchos de esos científicos se vieron obligados al exilio durante los paréntesis absolutistas, hecho que conllevó la posterior entrada directa de las principales novedades europeas en los distintos campos². Monlau, en su caso, tuvo que pasar dos años en París por motivos políticos (1837-1839). A su regreso, realizó un importante esfuerzo para el desarrollo de la higiene pública y privada en el contexto español, fundamentalmente recopilando e introduciendo la literatura que sobre esta cuestión se estaba produciendo en Europa. Además, tomó parte activa en las diversas iniciativas gubernamentales que en los años centrales del siglo comenzaron a llevarse a cabo para mejorar la situación del país. Más aún, él mismo protagonizó los esfuerzos que se estaban realizando para coordinar los intereses de distintas naciones de Europa en materia de salud pública y control de epidemias al ser enviado como representante español a las tres primeras Conferencias Sanitarias Internacionales (París, 1851 y 1859; Constantinopla, 1866). Sobre todo, escribió tratados sobre higiene pública, higiene privada, higiene doméstica, higiene conyugal, higiene industrial, etc., y, lo que es más importante, se ocupó de hacer llegar su mensaje al público en general.

En las líneas que siguen haremos, en primer lugar, una reflexión en torno a las posibilidades que el estudio de una vida concreta ofrece como vía de aproximación a

¹ LÓPEZ PIÑERO, J. M.; GARCÍA BALLESTER, L.; FAUS SEVILLA, P. (1964), *Medicina y sociedad en la España del siglo XIX*, Madrid, Sociedad de estudios y publicaciones, pp. 131-132.

² LOPEZ PIÑERO, J. M. (1992), *Las ciencias médicas en la España del siglo XIX*, *Ayer*, 7.

los contextos de producción científica, teniendo en cuenta la centralidad que, desde un enfoque de género, presenta nuestro personaje para la configuración de la llamada ideología de la domesticidad en el contexto español. Pasaremos, en un segundo tiempo, a presentar al personaje y recorrer someramente su trayectoria con el objeto de, por último, tratar de desentrañar las formas que fue tomando la imbricación entre liberalismo e higiene en su caso concreto, al hilo de una reflexión sobre los significados de ésta.

1.- Escribir la biografía contextual de un higienista

Diversas corrientes historiográficas han puesto de relieve en las últimas décadas que el análisis de los discursos médicos constituye una excelente vía para aprehender el modo en que la ciencia médica está profundamente vinculada a los contextos culturales en los que se desarrolla. El análisis de los compromisos sociales y políticos de los médicos que formularon esos discursos, así como de su participación en la esfera pública y en la construcción del orden social, abre una interesante vía a la hora de acercarnos a la compleja relación de lo médico con lo político. En este sentido apunta este trabajo, apoyándose en la convicción de que la biografía histórica puede ayudarnos a superar lo que Jan Goldstein ha tildado de “anonimato del poder disciplinario” en la elaboración teórica de Foucault. De acuerdo con lo que denunció esta autora, Foucault nunca trató de atribuir una conciencia a los individuos que desplegaron ese “*faceless disciplinary apparatus*”³. Pedro Felipe Monlau fue un personaje central en el despliegue de la higiene como disciplina en España, tanto en lo que respecta a la higiene pública como a la privada y, sobre todo, en lo que respecta a su difusión. Mi hipótesis es que un análisis de los escritos de Monlau en materia de higiene, así como de sus muy diversas contribuciones en este campo, integrados ambos en una perspectiva biográfica más amplia, arrojará luz sobre las cuestiones históricas más generales que estoy planteando. El recurso al método biográfico para historiar un momento o un proceso debe responder a la formulación de un problema histórico sustancial para el cual la biografía resulte especialmente pertinente. Mi objetivo al recurrir al método biográfico es el de presentar la vida de Monlau como vía de entrada, a través de lo individual y la práctica concreta, a la problemática planteada en torno a las relaciones entre medicina y política, entre higiene y construcción del estado liberal, durante los años centrales del siglo XIX.

Es sabido que en los últimos años la biografía como forma de escribir historia ha sido objeto de un renovado interés. La evolución de la historiografía de las últimas cuatro décadas justifica este resurgimiento que se ha dado en llamar “giro biográfico”. De

³ GOLDSTEIN, J. (2001), *Console and Classify. The French Psychiatric Profession in the Nineteenth Century*, Chicago, University of Chicago Press, “Afterword”.

hecho, hoy en día algunos presentan la práctica de la biografía histórica como una vía interesante para tratar de superar los problemas teóricos que planteaba una oposición irreductible entre una historia social empírica y la historia cultural salida del giro lingüístico⁴. La evolución del debate en torno a las relaciones entre historia y biografía, cuyos orígenes se remontan a la Antigüedad, ha ido presentando preocupaciones fluctuantes. En el debate actual, la cuestión que más preocupa es la de si una vida individual nos abre la posibilidad de abordar procesos más amplios de cambio histórico⁵. Como ha puesto de relieve Sabina Loriga, tras la aparición del término biografía a lo largo del siglo XVII para designar una obra con pretensiones de realismo y veracidad -frente a la idealización del personaje que realizaban las formas antiguas del tipo hagiografías o panegíricos-, ya en el siglo XVIII se empiezan a tomar en consideración vidas de poetas, de soldados o de criminales, y ya no sólo las de reyes y santos. Ya entonces Samuel Johnson « invoque ouvertement la valeur de l'existence quelconque », contra la « notion de grandeur ». Más aún, este autor muestra la voluntad, voluntad que compartía con otros como James Bowel, de aprehender también al individuo privado -« un bon biographe doit guider le lecteur dans l'intimité domestique, pour montrer les menus détails de la vie quotidienne »⁶. Algo en lo que, por cierto, el propio Monlau insistió también, cuando se vio en la circunstancia de tener que escribir sobre una vida. En 1850, en la introducción a su “Noticia de la vida y obras del padre Isla” afirmaba: “Es, con efecto, imposible juzgar de los hechos públicos y de las obras de ingenio de un hombre distinguido y mas ó ménos privilegiado sin *descender al exámen de su vida interior ó doméstica*. En los vulgares detalles de esta se encuentra no pocas veces la clave de las manifestaciones de la vida exterior, política, social ó literaria”⁷.

La complicada cuestión en torno a qué consideramos público y qué privado hizo su entrada en la historiografía gracias a las aportaciones de la teoría feminista. Esta cuestión merece un interés especial cuando nos referimos a una vida transcurrida en el siglo XIX. A comienzos de ese siglo, los argumentos a favor de la llamada separación de esferas (término que comenzó a usarse sólo entonces) cobraron una fuerza sin precedentes. Viejos argumentos refinados por el pensamiento ilustrado adquirieron entonces una renovada carga moral y fueron “naturalizados” mediante el

⁴ NASAW, D. (2009), “Introduction” to AHR Roundtable: Historians and Biography, *American Historical Review*, vol. 114, nº 3, pp. 652-662.

⁵ CAINE, B. (2010), *Biography and History*, Palgrave Macmillan, p. 5. Para una síntesis de la historia de las relaciones entre biografía e historia véanse los capítulos 1 y 2. Un análisis en profundidad de dicha historia en LORIGA, S. (2010), *Le petit x. De la biographie à l'histoire*, Paris, Seuil. Sobre los límites entre historia y biografía, pp. 36-55. Véase también LORIGA, S. (1996), La biographie comme problème, in REVEL, J. (Dir.), *Jeux d'échelles*, Paris, Seuil/Gallimard, pp. 209-231.

⁶ LORIGA, S. (2010), *Op. Cit.*

⁷ MONLAU, P. F. (1850), *Obras escogidas del padre José Francisco de la Isla con una noticia de su vida y escritos*. En *Biblioteca de Autores Españoles desde la formación del lenguaje hasta nuestros días. Tomo XV*, Madrid, Imprenta de la Publicidad, á cargo de D. M. Rivadeneyra. La cursiva es mía.

recurso a las diferencias fisiológicas⁸. Problematizar los significados de los ideales de feminidad y masculinidad al hilo de la construcción del Estado liberal en el siglo XIX español es algo que se ha comenzado a hacer en España hace ya bastantes años. Más allá de la relevancia que dichos estudios hayan alcanzado en el contexto del conjunto de la profesión, la reflexión historiográfica feminista española sigue demostrando una gran vitalidad y la pretensión de entrar en diálogo con el resto de la historiografía⁹.

Desde mi punto de vista, en el análisis de las complejidades que caracterizan las relaciones entre género y tránsito a la modernidad, la centralidad del discurso médico-higienista en la configuración de los significados de esos ideales es algo que aún merece una profunda atención, a pesar de los esfuerzos que ya se han hecho en este sentido¹⁰. La “doctrina de las dos esferas de influencia separadas”¹¹ sigue siendo, para el caso español, una cuestión enmarañada en la medida en que no han sido objeto de suficiente atención por parte de la historiografía cuestiones como, por ejemplo, en qué medida el pensamiento político, científico y cultural surgido del nuevo régimen fue permeable con el catolicismo. El higienismo, en tanto que proyecto amplio de transformación de la sociedad, consiguió ejercer una influencia en muy distintos ámbitos como los hábitos íntimos de las personas, la alimentación, la instrucción o el urbanismo. La importancia social y política de las representaciones de la diferencia sexual a lo largo del siglo XIX debe ser tenida en cuenta a la hora de acercarnos al proceso de consolidación de la higiene como disciplina científica, pues las consecuencias que esa consolidación tuvo para el triunfo de la llamada ideología de la domesticidad no fueron pocas. Desde su posición de higienista renombrado,

⁸ Es mucha la literatura que se ha dedicado a esta cuestión a partir de la aparición del trabajo de Catherine Hall y Leonor Davidoff. DAVIDOFF, L.; HALL, C. (1987), *Family Fortunes: Men and Women of the English Middle Class, 1780-1850*, Chicago, University of Chicago Press.

⁹ Dos recientes esfuerzos cruciales en este sentido son: MORANT, I. (Dir.) (2006), *Historia de las Mujeres en España y América Latina: Del siglo XIX a los umbrales del XX (vol. III)*, Madrid, Cátedra, y el dossier de la revista *Ayer*, editado conjuntamente por Mónica Bolufer y Mónica Burguera, titulado “Género y modernidad en España: de la Ilustración al liberalismo”, *Ayer*, nº 78, 2010 (2).

¹⁰ BOLUFER, M., (2007), “Género, historia e historia de la medicina: diálogos historiográficos”, in CAMPOS, R.; MONTIEL, L.; HUERTAS, R. (Coord.), *Medicina, ideología e historia en España (siglos XVI-XXI)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, p. 645. Entre esos primeros esfuerzos realizados desde el campo de la historia de las mujeres véanse, por ejemplo: CASTELLANOS, J.; JIMÉNEZ LUCENA, I.; RUIZ SOMAVILLA, M. J. (1990), “La ciencia médica en el siglo XIX como instrumento de reafirmación ideológica: La defensa de la desigualdad de la mujer a través de la patología femenina”, en BALLARÍN, P.; ORTIZ, T. (Eds.), *La mujer en Andalucía. 1er encuentro interdisciplinar de estudios de la mujer* (tomo II). Granada, Universidad de Granada, pp. 879-888; FLECHA GARCÍA, C. (1993-94), “La mujer en los discursos médicos del XIX”, en LÓPEZ BELTRÁN, M. T. (Coord.), *Las mujeres en Andalucía: Actas del II Encuentro interdisciplinar de estudios de la mujer en Andalucía*, Málaga, Diputación Provincial de Málaga, pp. 189-203, y, en ese mismo volumen BOLUFER, M., “Ciencia e ideología: notas sobre la contribución de la medicina a la exaltación de la privacidad en el s. XVIII”, pp. 171-188.

¹¹ ALDARACA, B. A. (1992), *El ángel del hogar: Galdós y la ideología de la domesticidad en España*, Madrid, Visor.

Pedro Felipe Monlau, como veremos más adelante, tuvo una participación activa en esa producción de “discurso de utilidad doméstica” en el contexto español¹².

Una biografía de tipo contextual de Monlau ofrece tanto una vía de entrada como de puesta en común de contextos diferentes pero interrelacionados e interdependientes, dada la cantidad de cuestiones que la Higiene contemplaba entre sus intereses hasta el último cuarto de siglo XIX. Hace ya bastantes años en un breve artículo a propósito de los usos de la biografía, Giovanni Levi definía las biografías contextuales como aquellas en las que la vida del personaje mantiene su especificidad, pero a través de una reconstrucción de su contexto histórico lo que, a su vez, convertía las vicisitudes biográficas en posibles y por tanto en normales. Hacía una objeción fundamental a ese formato: sería conveniente, además de tener en cuenta la influencia que el contexto ejerce sobre un individuo, considerar también en qué maneras un individuo determina también el contexto que le rodea. Levi realizaba en ese artículo un alegato a favor de la existencia de un espacio de libertad de elección que nace en las incoherencias que presentan las estructuras sociales, y que es el que da lugar al cambio social¹³.

La tensión nodal en torno a la cual gira el ejercicio biográfico sigue siendo sin duda la existente entre lo particular y lo colectivo, entre agencia y estructura, esto es, entre libertad de acción del individuo y determinación del contexto. Se trata, al fin y al cabo, de una de las preocupaciones fundamentales de la historiografía en general. Más allá de la compleja problemática, irresuelta e irresoluble, sobre la existencia o no de un sujeto “esencial” cuyo significado pueda ser aprehendido, el deseo de coherencia del sujeto ofrece ya un lugar sobre el que empezar a trabajar. Nos estamos refiriendo a lo que Bourdieu refirió como “ilusión biográfica”, la experiencia ilusoria de nuestras vidas como algo único reforzada por ciertos mecanismos sociales como el nombre¹⁴. Se trate o no de una ilusión, el solo deseo de individualidad puede y suele, como ya decía Levi, estar en el origen de muchos hechos que han ido determinando el cambio histórico a pequeña, mediana y gran escala. En cualquier caso, el recurso al individuo en la biografía histórica no persigue encontrar una esencia humana sino, al contrario, aprehender esa “unicidad” con objeto de visitar las homogeneidades aparentes que las instituciones, comunidades, grupos sociales, etc. establecen¹⁵.

¹² BALLARIN, P. (1993), en DUBY, G.; PERROT, M., *Historia de las Mujeres en Occidente, t. 4: el siglo XIX*, Madrid, Taurus.

¹³ LEVI, G. (1989), Les usages de la biographie, *Annales*, 44, pp. 1325-1335.

¹⁴ BOURDIEAU, P. (1986), “L’illusion biographique”, in *Actes de la recherche en sciences sociales*, nº 62/63, Paris, pp. 69-72.

¹⁵ LORIGA, S. (1996), *Op. Cit.* La Vopa formula esto mismo así: “There would be something philosophically absurd about a biography that claimed to confirm or deny the existence of such a self through empirical research. And from an historical standpoint the exercise would be equally pointless. (...) A biography about essential selfhood would be about what we human beings share in our core being, and hence would be about no one in particular. If biography is about anything, it is about a particular person. It asks what makes that person singular, however much she may exhibit traits of a collective nature”. LA VOPA, A. J (2003), Doing Fichte. Reflections of a sobered (but

Biografiando a Fichte, Anthony La Vopa ha teorizado sobre una nueva biografía contextual en la que la historia intelectual se beneficia del rigor conceptual y metodológico de la sociología histórica del conocimiento. Abandona el encorsetado modelo tradicional de biografía intelectual en la que el contexto de un autor venía dado exclusivamente por las lecturas que habían condicionado su pensamiento. La Vopa apuesta -siguiendo el concepto de “campo” propuesto por Fritz J. Ringer- por una biografía contextual en la que las estructuras sociales que rodearon la producción intelectual sean consideradas elementos constitutivos (pero por supuesto no determinantes), de la textualidad del pasado y, por tanto, del contexto. Apuesta por integrar el análisis de las ideas dentro de un proceso relacional mediante la reconstrucción del contexto en un sentido lato: un contexto variado y denso, que amalgama todos los tipos de relaciones (también familiares, de amistad, etc.) que constituye la “substancia líquida” en la que el individuo se desarrolla.

Un análisis de estas características nos permitirá comprender mejor al tipo de intelectual decimonónico que estaba en aquel momento ayudando a conformar los valores culturales y los ideales de género, así como sus redes institucionales, políticas y profesionales, y las formas en que los valores científicos y culturales eran transmitidos. Se trata de un trabajo que, a pesar de que varios autores se han ido ocupado de las diversas facetas de Monlau en los últimos años, queda todavía pendiente¹⁶. Así lo ha puesto de manifiesto recientemente Ricardo Campos al reflexionar sobre su breve biografía divulgativa sobre el personaje. Se quejaba este autor de la “panoplia” de notas biográficas, necrológicas, etc. con la que había tenido que lidiar, y en las cuales se repetían siempre los mismos lugares comunes “de difícil contraste documental”¹⁷. Hasta el momento, sin embargo, ninguno de estos autores ha reparado en la existencia del archivo privado del higienista. Un archivo escrupulosamente organizado -y, consiguientemente cribado, claro está- por él mismo y por su hijo, José Monlau. Las fuentes contenidas en el archivo privado de Monlau ofrecen, por lo tanto, un territorio ignoto que, junto con sus numerosos

unrepentant) contextual biographer, in VV. AA. *Biographie Schreiben*, Göttingen Wallstein, pp. 135-136.

¹⁶ El trabajo de GRANJEL, M. (1983), *Pedro Felipe Monlau y la higiene española del siglo XIX*, Cátedra de Historia de la Medicina, Universidad de Salamanca, es el más exhaustivo. A continuación: BUJOSA HOMAR, F. (1995), Pere Felip Monlau i Roca, en CAMARASA, J. M.; ROCA ROSELL, A., *Ciència i tècnica als Països Catalans: una aproximació biogràfica*, Barcelona, Fundació Catalana per a la Recerca, pp. 61-86 y CAMPOS, R. (2003), *Curar y gobernar. Monlau, Rubio, Giné. Curar y gobernar. Medicina y liberalismo en la España del siglo XIX*, Madrid, Nivola. A partir de breves aproximaciones biográficas bien contextualizadas de tres figuras de médicos decimonónicos, Campos se acerca en *Curar y gobernar...* a la cuestión que nos ocupa también aquí: las frecuentes asimilaciones que se producían entre medicina e higiene con reforma social y gobierno. Estos son los tres trabajos más completos, a los que hay que sumar algunos estudios más específicos sobre su obra que por cuestiones de espacio no podemos enumerar aquí. Algunos aparecerán citados a lo largo del texto.

¹⁷ CAMPOS, R. (2005), “Algunas reflexiones sobre la biografía divulgativa. Los casos de Monlau, Rubio y Giné”, *Asclepio*, vol. LVII, 1, pp. 149-166.

escritos, constituyen un lugar perfecto para la exploración de las distintas lealtades ideológicas, sociales y filosóficas en conflicto que los problemas planteados por la higiene sacaban a la luz. Es imperativo, a la hora de enfrentarse a este archivo, no perder de vista cuál es la historia que el propio Monlau quiso que contásemos de él, hecho que, por otro lado, nos ofrece la posibilidad de entender su archivo, en cierto modo, como un texto autobiográfico. En los párrafos que siguen daremos algunas pinceladas de esa vida y de esa historia.

2.- La vida de Monlau: el compromiso político de un médico

Hijo de Jaume Monlau y de María Francisca Roca, Pedro Felipe Monlau nació en Barcelona el 29 de junio de 1808, en medio de la ocupación francesa. Monlau en su *Libro de familia*¹⁸ refería a su padre como un hombre que abandona sus orígenes rurales y consigue, tras ejercer de “mancebo cerrajero”, convertirse en “maestro revendedor”¹⁹. Más adelante, “puso fábrica de pintados ó estampados”²⁰ y “adquirió dos casas (...) reuniendo en todo una fortuna regular, debida toda á su laboriosidad y economía”²¹. Pasaba así a ser uno más de los múltiples protagonistas de la explosión industrial de la Barcelona de finales del siglo XVIII. Representa, de hecho -y así es como nos lo presenta Monlau en su relato-, un modelo de ascenso social ligado a esa protoindustrialización catalana y a los valores de esfuerzo, trabajo y mérito. El padre

¹⁸ “Libro de Familia. Mi filiación y la de todos los miembros de mi familia”, Caja BB-II 233 del Fondo Moragues-Monlau, Biblioteca Balear del Monestir de la Real (BBMR), Sección “Padre”. Se trata de una excelente fuente que, siguiendo las aportaciones de James Amelang en esta cuestión, podemos considerar como autobiográfica y enmarcarla en una tradición presente en diferentes lugares de la Europa moderna (*livres de famille, libri de famiglia, Hauschroniken*). Véase AMELANG, J. (1998), *The Flight of Icarus. Artisan Autobiography in Early Modern Europe*, Stanford, Stanford University Press. Monlau comenzó seguramente a escribir su Libro de Familia a comienzos de los años 1850s y lo fue completando a lo largo de su vida. En él Monlau recoge y organiza meticulosamente información referente a los distintos miembros de su familia.

¹⁹ En el Arxiu Històric de la Ciutat de Barcelona (AHCB) se halla el documento de la admisión de Jaume Monlau a dicho gremio. AHCB, “Gremi de Tenders Revenedors. Llibre de Maestrias desde lo any 1768 á 1796”, Secció Gremis, serie 45/16, p. 79. Un gremio existente en Barcelona desde el siglo XV y que en el siglo XVIII se había convertido en uno de los más numerosos de la ciudad. Los revendedores vendían víveres al por menor.

²⁰ Así lo prueba también el Inventario de bienes de Jaume Monlau, notario Josep Maria Torrent i Sayrols, 02/9/11, Arxiu Històric de Protocols de Barcelona (AHPB). Según esta fuente, la casa en la que residía la familia Monlau tenía tienda y también “*lo pintadó*”, el taller de estampado donde se hallaban los distintos artefactos que servían para tinter el algodón, además de “*alguns dibuixos, ó mostrars de Indianas*”.

²¹ “Libro de Familia...”, Caja BB-II 233, Fondo Moragues-Monlau, BBMR. Fontana insistía en este sentido en la fluidez con que los hombres de lo que él denominaba “grande, mediana o pequeña burguesía” catalana se movían verticalmente en un *continuum* entre los oficiales de gremios y el “naciente proletariado industrial”. FONTANA, J. (1988), *La fi de l'Antic Règim i la Industrialització, 1787-1868*, en VILAR, P., *Història de Catalunya, vol. V*, Barcelona, Ed. 62, p.46.

de Monlau había tenido diez hijos de un primer matrimonio, de los cuales sobrevivían cuatro cuando enviudó y se casó con la madre de Monlau. Poco tiempo después, Jaume Monlau murió y María Francisca Roca se volvió a casar -con un tal Pedro Fourier, de origen francés y oficio desconocido-, renunciando así a la herencia que le quedaba de aquel²². A pesar de las trabas que a esta situación trataba de poner tradicionalmente el derecho civil catalán, se tendía a una reestructuración de los núcleos familiares mediante las segundas nupcias²³. Sabemos muy poco de ese segundo matrimonio de María Francisca Roca pero todo parece indicar que el principal apoyo con el que contaron ella y su hijo fue un primo hermano de ésta, José Busquets, padrino de Pedro Felipe. Fue gracias a su padrino, portero y sastre del Seminario Conciliar de Barcelona, que Monlau pudo iniciar en ese centro sus estudios de Latinidad.

Al terminar sus estudios en el Seminario, Monlau continuó estudiando hasta completar su formación en medicina. Pasó por diversas instituciones -la Real Junta Particular de Comercio de Barcelona y la Real Academia de Ciencias Naturales y Artes de Barcelona, como complemento a su formación en el Real Colegio de Cirugía de Barcelona²⁴- hasta conseguir los diplomas de Bachiller en Medicina y Cirugía (1830) y de Licenciado en Medicina y Cirugía (1831). La formación médica que recibió Monlau, como muchos otros profesionales de su generación, presenta un cierto grado de dispersión entre las mencionadas instituciones²⁵. La enseñanza de la Medicina en la Europa del siglo XVIII había vivido importantes transformaciones, derivadas de la introducción de las cátedras de Clínica o práctica médica en la

²² Además, el sistema jurídico catalán estaba orientado hacia la protección de los hijos del primer matrimonio, por lo que la cantidad en concepto de *llegítima* (parte perteneciente a cada uno de los hijos) que Jaume Monlau dispuso para los hijos de su segundo matrimonio era de 100 libras barcelonesas frente a las 500 libras que dejaba a cada uno de sus otros hijos. Consideraba en su testamento que era “*de justicia*” realizar esa diferenciación pues el conjunto de los bienes que había sido capaz de reunir hasta ese momento “*era ya adquirit la mayor part ab la industria de ma difunta muller*”, Testamento de Jaume Monlau, 1809, Legajo “Documentos de Familia”, Caja BB-II 240-242, Fondo Moragues-Monlau, BBMR.

²³ CHACÓN, F. (1990), *Historia Social de la Familia en España*, Alicante, Diputación de Alicante, p. 139. Algunos estudios han demostrado que este tipo de matrimonios de segundas e incluso de terceras nupcias eran una constante. Dolores Terradas aportaba este dato para el caso de Banyoles: un 24% de los matrimonios de la segunda mitad del s. XVIII no se realizaba entre solteros. Citado en SIMÓN TARRÉS, A. (1987), *La familia catalana en el Antiguo Régimen*, p. 82, en CASEY, J. et. al., *La familia en la España Mediterránea, ss. XV-XIX*, Barcelona, Crítica.

²⁴ Agrupadas en torno a la Junta de Comercio, se trataba de instituciones no universitarias que surgieron al hilo de la renovación científica y tecnológica que acompañó el incipiente desarrollo industrial barcelonés del siglo XVIII para atender a una demanda creciente: la formación específica en cuestiones como el comercio, la industria, la minería, la agricultura.

²⁵ Es más, como afirma José Luis Peset: “Hasta que se llegue en España bien entrado el siglo XIX a la unificación de títulos, muchos tipos de profesionales -con formaciones muy independientes y distintas- aparecieron y desaparecieron. Todavía no se sabe con precisión cómo se desarrollaba la formación de estos profesionales”. PESET, J. L. (1994), *La enseñanza de la medicina y la cirugía*, en VV. AA. *Historia y Medicina en España: homenaje al profesor Luis S. Granjel*, Valladolid, Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo.

Universidad, por un lado, y de la creación de los Colegios de Cirugía por otro. A lo largo del siglo las enseñanzas de Hermann Boerhaave habían desplazado progresivamente el galenismo tradicional. Su propuesta incluía la exigencia de complementar los estudios de medicina con materias como geometría, trigonometría, mecánica, hidráulica, física y química, y atribuía un rol central a la observación clínica. En los Colegios de Cirugía recibía una particular atención la enseñanza práctica y sus instalaciones estaban preparadas para ello: teatros anatómicos, jardines botánicos, museos, etc²⁶.

Apadrinado por Félix Janer y Bertran, Monlau se doctoró finalmente en Medicina y Cirugía en julio de 1833. Félix Janer, catedrático de clínica interna en el Real Colegio de Cirugía de Barcelona, argumentaba en sus *Elementos de Moral Médica* que la función del médico constituía en muchos casos un verdadero “poder público” y, siguiendo a Cabanis, insistía en la gran labor que el médico podía prestar a la sociedad usando su influjo para moralizar a enfermos y familias. En ellos los “buenos gobiernos” podían encontrar unos “celadores de las costumbres, así como lo son de la salud pública”, “unos celosos apóstoles de la verdad y la moral”²⁷. Cabanis, como es sabido, era uno de los llamados *Idéologues*, un grupo de pensadores franceses que durante los períodos revolucionario y posrevolucionario propusieron una ciencia del hombre que vinculaba el intelecto y el pensamiento a lo fisiológico. Sus planteamientos invertían la relación entre moral y fisiología existente hasta el momento al defender que “el alma y el espíritu eran productos del cerebro y de la función de los nervios”. Por esa vía la medicina y la higiene “no sólo proporcionaban un conocimiento cierto del cuerpo del hombre sino que también se constituían en el fundamento de la filosofía, de la psicología, de la moral y, por extensión, de la teoría del estado”²⁸. El mismo Monlau dedicó en 1832 una traducción -“a los médicos y cirujanos españoles”- de una obra de Cabanis escrita en 1788 titulada *Du degré de certitude en médecine*²⁹. Monlau, además de médico –y escritor, porque había

²⁶ Generalmente estaban ubicados junto a hospitales grandes donde el alumnado tuviese la oportunidad de tener un contacto directo con el enfermo. CAPTITÁN DÍAZ, A. (1991), *Historia de la educación en España. Vol. I De los orígenes al Reglamento General de Instrucción Pública (1821)*, Madrid, Dykinson, pp. 728, 761. Véase también PESET, J. L. (1972), *La enseñanza de la medicina en la Universidad de Salamanca durante el reinado de Carlos IV*, Salamanca, Universidad de Salamanca. Una concisa exposición de la evolución de la enseñanza universitaria de la ciencia y de la sucesión de distintos planes de estudio a lo largo de todo el siglo XIX en PESET, J. L.; PESET, M. (1992), *Las Universidades españolas del siglo XIX y las ciencias*, Ayer, n.º 7.

²⁷ JANER, F. (1831), *Elementos de Moral Médica, o Tratado de las obligaciones del Médico y del Cirujano, en que se exponen las reglas de su conducta moral y política en el ejercicio de su profesión*, Barcelona, Imprenta de Joaquín Verdager, pp. 404-411.

²⁸ GONZÁLEZ DE PABLO, A. (1995), Sobre la configuración del modelo de pensamiento de la higiene actual: el caso español, *Dynamis*, n.º 15, p. 281. Véase una reciente reflexión sobre la *Ideología* en OLSON, R. G. (2008), *Science and Scientism in Nineteenth-Century Europe*, Chicago, University of Illinois Press, pp. 19-40.

²⁹ “Celoso como el que mas del honor y lustre de mi profesión, luego que hube leído la presente obrita me vino la idea de vulgarizarla entre nosotros, habiéndolo llevado á cabo con el mayor gusto, por estar persuadido de que con ello hacia un servicio real á la Facultad, y á sus detractores por

aprendido desde muy temprano que el recorrer al “sudor de su pluma” le reportaba unas ganancias añadidas que en esos momentos de su vida necesitaba-, era un liberal, y además políticamente muy activo durante años. ¿Cuál fue la relación de Monlau con la medicina y con la política? Esta pregunta es central en este texto y en esta investigación, y remite al problema más general de las relaciones entre la higiene y el liberalismo.

Monlau pertenecía a una nueva generación que se había formado en una conciencia liberal y nacional. Según el autor del más afectuoso artículo necrológico que se realizó a su muerte, Monlau “(A)filado al partido liberal desde sus años juveniles y al progresista al dividirse aquel, prestó á la causa de la libertad grandes y desinteresados servicios”³⁰. Estuvo en la redacción y en la dirección de los periódicos más significativos de Barcelona en la década de 1830. Los coletazos del absolutismo hasta la muerte de Fernando VII (1814-1820; 1823-1834), constituyeron intervalos de tiempo en que quedó mutilada la libertad de imprenta. Sólo a partir de 1834 la prensa pasó a formar parte de la vida de los españoles y empezó a funcionar como articuladora de la política y la esfera pública liberal. Muy pronto pasó a ser el medio único de comunicación de un sistema partidista surgido de las dos expresiones enfrentadas del liberalismo que fueron tomando forma en España durante la década de los 1830s, la progresista y la moderada, antes de la derrota definitiva del partido del progreso³¹. Monlau estuvo en el centro de este proceso durante la Barcelona de las Bullangas. Pasó a hacerse cargo de la redacción de *El Vapor*, principal órgano de expresión progresista, en agosto de 1835, es decir, el verano en que comenzó el radical proceso revolucionario que culminó con la consolidación de un estado liberal en España. Barcelona en aquel momento, en palabras de Anna M.^a García Rovira, era “una especie de olla a presión” en donde confluían, además de la tensión revolucionaria que no había de cesar por un momento durante los tres años de bullangas, una guerra contra el carlismo muy presente en territorio catalán, y una

convicción”. *Del grado de certeza en medicina*. Traducción del francés por D. Pedro Felipe Monlau, Barcelona, Imprenta de A. Bergnés y Compañía, 1832, pp. IV-V.

³⁰ Carlos Ronquillo, hijo de un buen amigo de Monlau, escribió esta necrológica por encargo explícito del mismo Monlau: “(C)uento con tu artículo necrológico *dans le genre* del que compusiste para Aribau”, en carta del Monlau a Carlos Ronquillo del 1 de noviembre de 1864, RONQUILLO, C. (1871), *Necrológica del higienista P. F. Monlau*, Barcelona, p. 6. “El público –continúa- aplaudía á un joven miliciano que, en 1823, al frente del batallón de los estudiantes (...) improvisaba canciones cantándolas al son de los himnos patrióticos, que inmediatamente eran repetidas por la multitud”. Cuando finalizó bruscamente el Trienio Liberal Monlau tenía sólo 16 años.

³¹ Un partido de clases medias cuya ideología descansaba en los principios del mérito, el trabajo y la integridad, y que aspiraba a ampliar la participación política a más capas de esas clases medias. BURDIEL, I.; ROMEO, M.^a C. (1998), Old and New Liberalism: The Making of the Liberal Revolution, 1808-1844, *Bulletin of Hispanic Studies*, vol. LXXV, nº 5, pp. 65-80. Véanse aportaciones más recientes a esta cuestión en SUÁREZ CORTINA, M. (Ed.) (2006), *La redención del pueblo. La cultura progresista en la España liberal*, Santander, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria. Para una excelente exposición acerca de las culturas políticas de ambos partidos véase: ROMEO, M.^a C. (1998), Lenguaje y política del nuevo liberalismo: moderados y progresistas, 1834-1845, *Ayer*, nº 29, pp. 37-62.

creciente conflictividad social como resultado de la industrialización que se acentuaría con las revoluciones³².

Monlau había demostrado una temprana preocupación por la cuestión social de corte filantrópico que seguramente alentó su acercamiento hacia posturas cada vez más demócratas y una toma de conciencia de las desigualdades sociales. Ya desde sus primeros artículos aparecidos en *El Vapor*, prestaba una atención especial a “(L)a salud pública, esa suprema ley del Estado, ante la cual han de enmudecer todas las consideraciones y respetos personales”³³. Se ocupaba especialmente de escribir sobre cuestiones relativas a higiene pública, de diversa índole: formación de un “bañadero”, de un matadero de cerdos, propuesta de hospitalidad domiciliaria frente a la insuficiencia del sistema de hospitales, de consultas médicas gratuitas, etc. Le preocupaba muy especialmente la amenaza del cólera, sobre la cual escribió diversos artículos en tono tranquilizador poco antes de que finalmente dicho mal invadiese la ciudad, en el verano de 1834³⁴. Durante esa epidemia de cólera Monlau permaneció en su posición en el Hospital militar de Barcelona. Mientras todos sus compañeros huían o caían presos de la enfermedad, él quedó sólo a cargo de todos los enfermos. Aquel acto casi heroico le valió una recomendación especial a la Reina³⁵. Desde muy pronto, la defensa de un sistema sanitario que alcanzase a los más necesitados estuvo entre sus prioridades.

En esa dirección evolucionó su adscripción política. A finales de septiembre de 1836, Monlau entró a formar parte de la de *El Sancho Gobernador*, un periódico que García Rovira incluye en el grupo de los “republicanos de primera hora” -entre quienes cuenta a Xauradó, Degollada, Mata, Soriguera, etc.-, dado que, según el testimonio del cónsul francés, se trataba del órgano de las sociedades secretas y de la propaganda republicana³⁶. Uno de los rasgos principales que ha detectado Rovira al rastrear la prensa liberal del período ha sido, junto a la defensa de la soberanía nacional (a partir de la crítica a la monarquía), una progresiva deriva hacia la democracia, ambos claramente influenciados por parte del republicanismo francés. En agosto de 1837 Monlau fue nombrado redactor de *El Constitucional* pero al comenzar la llamada dictadura del barón de Meer, entonces Capitán General de

³² GARCÍA ROVIRA, A. M.ª (2006), Republicanos en Cataluña. El nacimiento de la democracia (1832-1837), en SUAREZ CORTINA, M. (Ed.), *Op. Cit.*, pp. 115-143.

³³ Véase *El Vapor*, nº 78, año 1 (1833), 17 de septiembre, p. 4, sección “Barcelona”.

³⁴ Véase *El Vapor*, nº 110, p. 6, año 2, 19 de agosto de 1834, sección “Barcelona”. Tiempo antes ya se había ocupado Monlau de este tema en una obrita que fue aprobada por el Colegio de Medicina y Cirugía de Barcelona, MONLAU, P. F. (1832), *¿El cólera morbo invadirá la España?*, Barcelona, Librería de Sauri y Compañía. Firmó este escrito con las iniciales R. A. C. (las penúltimas letras de Pedro Monlau y Roca). Era habitual en él firmar sus trabajos con anagramas de su nombre.

³⁵ Véanse los dramáticos párrafos que a este hecho dedica Coll y Pujol para resaltar la heroicidad de Monlau. COLL Y PUJOL, R. (1873), *Elogio histórico del I. Sr. Dr. D. Pedro Felipe Monlau*, pp. 38 y ss.

³⁶ GARCÍA ROVIRA, A. M.ª (2006), *Op. Cit.*, pp. 121-122.

Cataluña³⁷, se vio forzado a emigrar a París por haberse visto envuelto en una disputa que terminó con el asesinato del jefe de policía Mariano Vehils durante una jornada electoral. Cuando a finales de 1839 el fin de la mencionada “dictadura” le permitió regresar, Monlau volvió a ponerse a cargo de la redacción de *El Constitucional* y, en abril de 1841, ya fundaba *El Popular, Diario de los intereses de Cataluña*. Ambas publicaciones están en el centro del radicalismo barcelonés. Desde las páginas de *El Constitucional* llevó a cabo una fuerte campaña de descrédito de la regente M^a Cristina hasta que ésta partió para Marsella en octubre de 1840. Estamos ante un Monlau que al regresar del exilio había endurecido y radicalizado aún más sus posturas, hasta declararse partidario de la “democracia pura”³⁸. Incluso mostraba abiertamente cierta simpatía hacia la república, forma de gobierno que consideraba deseable pero inapropiada para ese momento histórico³⁹.

En definitiva, tras un exilio forzoso de dos años por motivos políticos, Monlau inició a principios de los 1840s una segunda fase aún más radical de activismo político. Llegó incluso –siempre sin éxito– a presentarse a diputado con el partido progresista en más de una ocasión. Toda esta actividad le acabó valiendo un destierro de dos años a Valencia, entre 1844 (con la caída de Espartero y el regreso de M^a Cristina) y 1846. Durante esos dos años Monlau cambió tanto sus relaciones con la política como con la medicina: abandonó la práctica de ambas. Si bien se había formado como médico y había ejercido durante años de segundo Ayudante Profesor del Hospital militar de Barcelona, nunca había optado por lucrarse con el ejercicio privado de la profesión. Según otro de sus panegiristas, si Monlau renunció a “la parte mas lucrativa de la medicina y cirugía” (“á pesar de ser tan conocido, y de una manera tan sumamente ventajosa”) fue en parte por falta de tiempo, por dedicarlo enteramente a toda otra serie de actividades (“capaces cada una de ellas por sí sola, de absorber la actividad de cualquier hombre”), y en parte, también, por el mismo motivo por el que a pesar de haberse dedicado durante años a la política, “jamás especuló en tan delicadísimo terreno, que fuera para muchos, la mejor de las industrias”⁴⁰.

Los autores que hasta ahora se han ocupado de Monlau dividen su vida en esos dos períodos bien diferenciados: antes y después del destierro en Valencia (1844-1846). Monlau ha pasado a la historia como un liberal exaltado de joven que, con la edad, fue amoldándose a la coyuntura política⁴¹. Como consecuencia del triunfo del

³⁷ La Capitanía General de Cataluña era la pieza central de las funciones gubernativas internas y de la sintonía de la provincia con el gobierno central.

³⁸ BARNOSELL, G. (2006), “Libertad, igualdad, humanidad”. La construcción de la democracia en Cataluña (1839-1843)” en SUÁREZ CORTINA, M. (Ed.), *Op. Cit.*

³⁹ Sólo con el tiempo, en su opinión, se llegaría a la conclusión “muy exacta”, de que “los reyes no valen una centésima parte de lo que cuestan”. *El Popular*, nº 90 (30/6/1841), citado en BARNOSELL, G. (2006), *Op. Cit.*, p. 155.

⁴⁰ COLL Y PUJOL, R. (1873), *Op. Cit.*, p. 57.

⁴¹ Así lo han presentado GRANJEL, M. (1983), *Op. Cit.*; BUJOSA HOMAR, F. (1995), *Op. Cit.* y CAMPOS, R. (2003), *Op. Cit.*

moderantismo en 1843, y como ocurrió en otros países de Europa en aquel momento, el sistema liberal parlamentario que surgió en España tras la crisis de la monarquía absoluta (1808-1843) resultó ser oligárquico, antidemocrático y centralista. El caso de Monlau parece constituir un buen ejemplo de cómo el moderantismo acomodó, en el proceso de institucionalización de la sociedad liberal, a personajes que inicialmente militaron en el progresismo. Nuestro propósito es comprobar si realmente Monlau tuvo una evolución ideológica hacia el moderantismo y analizar la evolución de su pensamiento político al hilo de su labor como higienista. En los próximos párrafos desarrollaremos algo más esta cuestión –aunque la investigación se encuentre todavía en un estado incipiente– a propósito de una reflexión sobre el significado de la higiene y sus relaciones con el liberalismo.

3.- La Higiene como contexto: entre medicina y política

La práctica de la biografía contextual comporta necesariamente un análisis en profundidad de los diferentes contextos que rodearon a nuestro personaje. La vida de Monlau transcurrió durante el desarrollo progresivo de un movimiento compartido por diversos países europeos del que él mismo formó parte. Nos referimos al movimiento iniciado por los primeros “activistas de la salud” que comienza con los esfuerzos llevados a cabo en Alemania y Austria –encabezados por Johan Peter Frank (1745-1821)– por la llamada *medizinische Polizei*⁴². En Francia, con la creación del *Comité de Salubrité* (1790) –que sucedió a la *Declaración de los derechos del hombre*– y los estudios que en su seno realizó Louis René Villermé, comenzaron a dirigirse las miradas hacia la dimensión social de las enfermedades. Por su parte, en Inglaterra, el *sanitary movement* iniciado por Edwin Chadwick, inspirado en el utilitarismo de Jeremy Bentham, institucionalizó la estadística sanitaria⁴³. Se trata de un movimiento preocupado particularmente por el crecimiento de la población y, en general, por todos aquellos factores que resultaban debilitadores para ésta. El contexto social y económico de la progresiva industrialización europea necesitaba una reforma inmediata. Si en las ciudades la descomposición predominaba en las calles, en el campo las aguas estancadas generaban epidemias repetidamente. En tiempos de las insistentes embestidas de la fiebre amarilla o del cólera, los problemas tocantes a la salud pública inevitablemente remitían a cuestiones más amplias de tipo político y económico, así como de control social, esto es, la necesidad de influir en las actitudes higiénicas de los individuos y las familias. Así, la disciplina higiénica desde el momento de su aparición está generando un discurso que aúna la salud, la

⁴² En 1790 había publicado en Pavia una *Disertación académica sobre la pobreza como madre de las enfermedades (Akademischer Rede von Volkseind als der Mutter der Krankheiten)* y entre 1797 y 1819 publicó en Manheim, Stuttgart i Viena su *Sistema de una policía sanitaria integral (System einer vollständigen medicinischen Polizey)*.

⁴³ BARONA, J. Ll. (2009), Génesis y dimensiones del higienismo, *Lars*, nº 15, pp. 9-14.

moral, la religión y los intereses de un Estado, y dictando preceptivamente desde la autoridad que la ciencia confiere cuáles son los comportamientos adecuados en materia de salud física y mental.

El proceso, sin embargo, de profesionalización e institucionalización de la higiene fue largo hasta la consecución de un estatus definitivamente “científico-natural” gracias al triunfo de la bacteriología a finales de la década de 1870⁴⁴. Antes, hizo falta un lento proceso de toma de protagonismo del cuerpo por encima del alma, hasta que la higiene consiguió alzarse por encima de la moral. El racionalismo dualista que propusiera Descartes en el siglo XVII separó para la tradición filosófica occidental el conocimiento del mundo de la certeza de la existencia de Dios, y, con ello, separó el cuerpo del alma. Esa separación y la consiguiente independencia del cuerpo entrañaban, desde el punto de vista de la higiene, una apertura hacia toda una serie de posibilidades morales nuevas (junto a la virtud, aparecen, acordes con los nuevos tiempos, el trabajo o la limpieza como valores para la salud) que, sin dejar de estar vinculadas a la religión como lo estaban los preceptos higiénicos de siglos anteriores, lo hacían de una forma razonada y ya no dogmática. Sólo a finales del siglo XVIII y a lo largo del siglo XIX se consiguió una inversión de la situación cuando, colocándose por encima de los dictámenes de la religión, la medicina y la higiene se convirtieron en determinantes para la moral y la conducta⁴⁵.

El período que nos interesa aquí es precisamente el que va desde el nacimiento de la higiene como disciplina moderna hasta esa consolidación de su estatus “científico-natural” ya en el último cuarto del siglo. Es el período que corresponde, en el caso español, a la referida “etapa intermedia” y que coincide con los años de las regencias y el reinado isabelino (1833-1868). En esa etapa, la asunción de competencias por parte del Estado para la defensa de la salud pública en España era algo muy incipiente todavía. Competía fundamentalmente a las llamadas Juntas de Sanidad y versaba casi enteramente sobre las cuestiones de defensa contra enfermedades contagiosas venidas del exterior. La inspección estatal de la higiene no tuvo forma administrativa y de cuerpo profesional especializado hasta bien entrado el siglo XIX⁴⁶. Las cortes del Trienio liberal, con Mateo Seoane (1791-1870) a la cabeza, intentaron, en vano, una primera reforma de la legislación sanitaria. Hubo que esperar a la

⁴⁴ Los resultados de los trabajos de Pasteur, Koch o Von Henle permitieron a los higienistas presentar sus principios como indiscutibles y “neutros” frente a la población y ello dio lugar a la aparición de lo que Lobisch ha denominado el “homo hygienicus” contemporáneo, “el hombre, el cual por encima de cualquier otra cosa considera la salud como su meta vital, y por ello se somete a los principios de una vida basada en postulados científico-médicos”. Según la definición dada por LABISCH, A. (1992), *Homo hygienicus. Gesundheit und Medizin in der Neuzeit*, Frankfurt, Campus, p. 134, citado en GONZÁLEZ DE PABLO, A. (1995), *Op. Cit.*, p. 289.

⁴⁵ GONZÁLEZ DE PABLO, A. (1995), *Op. Cit.*, p. 273. Como es sabido, los trabajos de Michel Foucault a este respecto han resultado centrales. FOUCAULT, M (1976), *Histoire de la sexualité I, La volonté de savoir*, Paris, Éditions Gallimard.

⁴⁶ RODRIGUEZ OCAÑA, E. (1994) De la Junta de Sanidad al Instituto de Higiene, en VV. AA. *Historia y Medicina en España... Op. Cit.*, pp. 237-249.

creación de la Dirección General de Beneficencia y Sanidad, en 1847, dependiente del Ministerio de Gobernación, para la cual se creó el Consejo de Sanidad del Reino como organismo consultivo. Este proceso, iniciado en 1847 y caracterizado por la voluntad centralizadora de los gobiernos moderados, culminó con la Ley de Sanidad de 1855, producida durante el único período de gobierno progresista del reinado isabelino (1854-1856). A través del Consejo de Sanidad del Reino, desde 1847, algunos higienistas consiguieron intervención directa en la higiene pública⁴⁷. En esos años centrales del siglo, los más destacados en España fueron, bajo los auspicios de Mateo Seoane, Monlau y Franciso Méndez Álvaro (1806-1883). Mateo Seoane, a pesar de haber pasado años exiliado en Londres a causa de su liberalismo radical durante el Trienio Liberal, alcanzó allí un cierto prestigio y devino una autoridad en cuestiones relativas al cólera, por lo que cuando éste invadió España por primera vez (en 1833) fue llamado por las mismas autoridades que años antes lo habían forzado al exilio. Después de eso, Seoane se mantuvo durante décadas en la dirección del Consejo de Sanidad, y fue el maestro y protector de Monlau y de Méndez Álvaro hasta su muerte⁴⁸. Monlau fue nombrado por Seoane secretario del Consejo inmediatamente después de su formación, y de ahí en adelante formó parte de casi todas las comisiones de este organismo. En 1852 fue nombrado vocal supernumerario del mismo por la Reina y realizó una importante función en la elaboración de la nueva Ley de Sanidad de 1855, la ley que permanecería vigente durante todo el resto del siglo.

El papel que jugaron las distintas enfermedades epidémicas (fiebre amarilla primero, cólera después) en la evolución de la legislación sanitaria española fue crucial⁴⁹. Se trata de una cuestión que preocupó enormemente a los gobiernos, por lo que se propusieron buscar soluciones comunes. Como miembro del Consejo, Monlau fue el enviado como representante a la primera Conferencia Sanitaria Internacional (Paris, 1851-52), junto con el entonces cónsul español en Paris, Antonio María Segovia. Aquella reunión presentó principalmente un carácter médico-científico y resultó inane para la consolidación de un criterio unificado respecto a las políticas a llevar a cabo ante el tema de las epidemias (medidas de cuarentenas, etc.), que era su principal objetivo. Por eso hubo de realizarse una segunda Conferencia también en Paris, en 1859. Esta vez los diferentes estados que participaron enviaron sólo como representantes a diplomáticos. Monlau, sin embargo, fue nuevamente enviado como asesor del delegado español (Gaspar Muro, primer secretario de la embajada en Paris). Y, nuevamente, los resultados prácticos del encuentro fueron un fracaso: no se consiguió el convenio internacional sobre el sistema de cuarentenas que se andaba

⁴⁷ RODRÍGUEZ OCAÑA, E. (2005), *Salud pública en España: Ciencia, profesión y política, siglos XVIII-XX*, Granada, Universidad de Granada, pp. 161-162.

⁴⁸ALCAIDE GONZÁLEZ, R. (1999), La introducción y el desarrollo del higienismo en España durante el siglo XIX. Precursores, continuadores y marco legal de un proyecto científico y social. En línea en *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, n.º 50.

⁴⁹ PESET, J. L.; PESET, M. (1972), *Muerte en España (política y sociedad entre la peste y el cólera)*, Madrid, Seminarios y Ediciones.

buscando, debido al conflicto entre la lógica comercial y la lógica salubrista⁵⁰. Al margen de ello, a Monlau estos encuentros le valieron fructíferas amistades con algunos de los principales científicos europeos –Méliet, Sutherland, Bo, Mantegazza, Betti, etc.– que supo conservar andando el tiempo y que le reportarían numerosos títulos como miembro corresponsal de Academias médicas de toda Europa.

La higiene moderna se desarrolla en el seno del reformismo liberal. Por ello, su dependencia respecto tanto a esas lógicas comerciales como a las acciones políticas y administrativas en marcha, de todo tipo, era absoluta. La politización de la profesión era algo inherente a ella. Así, los médicos franceses durante los años posteriores a la Revolución, puesto que eran considerados potenciales agentes de progreso, se vieron obligados a demostrar su aceptación de los valores políticos oficiales. Según Quinlan, como respuesta a la fuerte influencia que las realidades políticas ejercían sobre ellos, muchos desarrollaron lo que este autor ha llamado “cientifismo pragmático” y decidieron servir a sus gobiernos por el beneficio de la sociedad⁵¹. Todo apunta a que este fue el caso también de Pedro Felipe Monlau, quien si, como hemos visto, en los primeros años de su madurez profesional desarrolló un acusado compromiso político con el progresismo mediante su actividad periodística, a partir de su destierro no volvió a participar nunca más directamente en política. Dejó también atrás la práctica de la medicina, y se entregó a su labor como técnico en la administración sanitaria. Bujosa refería a ese cambio como a un “giro ideológico copernicano”⁵². Sin embargo, su panegirista y defensor Ronquillo ya mucho antes se quejaba: “Algun menguado émulo afirmará lo contrario, pero ni una prueba, ni una sola podrá alegarse para asegurar que Monlau estuviese afiliado á partido alguno” después de que en 1843 dejase de ser político⁵³. Quedar al margen de la vida política fue una evolución común entre muchos antiguos liberales progresistas una vez que se impuso el moderantismo.

En el caso concreto que nos ocupa, ¿qué motivos llevaron a Monlau a decidir dejar atrás su actividad política? Por el momento, hemos encontrado entre su correspondencia una carta de un tal Ramón Frau que resulta enormemente esclarecedora en este sentido. Ramón Frau (1795-1861) había sido profesor de Monlau en el Real Colegio de Cirugía de Barcelona. Además, fue el coordinador de los hospitales barceloneses cuando la epidemia de cólera invadió la ciudad y Monlau se quedó solo a cargo de todo el Hospital Militar. Fue un hombre de considerable influencia ya que entre 1843 y 1845 fue miembro del Consejo de Instrucción Pública

⁵⁰ BARONA, J. Ll.; BERNABEU-MESTRE, J. (2008), *La salud y el Estado. El movimiento sanitario internacional y la administración española (1851-1945)*, Valencia, PUV, p. 425.

⁵¹ QUINLAN, S. M. (2007), *The Great Nation in Decline. Sex, Modernity and Health Crises in Revolutionary France c. 1750-1850*, Aldershot, Ashgate, pp. 148-149 (capítulo 5).

⁵² BUJOSA, F. (1995), *Op. Cit.*

⁵³ RONQUILLO, C. (1871), *Op. Cit.*, p. 6.

y entre 1846 y 1847 director general de sanidad militar⁵⁴. Estando en ese cargo Monlau le contactó, desde su destierro valenciano, pidiéndole ayuda para recuperar su posición en Barcelona. Frau, el 25 de octubre de 1846, justo después de una conversación con Pedro María Rubio, médico personal de la Reina, le contestó lo siguiente:

“Amigo Monlau: acabo de tener una larga conferencia con D. P. M. Rubio acerca de V. y dirigida á favorecer á V. en el sentido que V. desea. Las dificultades por sus opiniones políticas de V. que dieron margen á su traslacion á esa se consideran de bastante bulto. El recelo de que llamado V. aquí por nosotros en bien de V., pueda comprometer nuestra responsabilidad ante el Gobierno para en adelante el comportamiento de V., sea tomando parte en planes revolucionarios ó por otros medios, se ha tenido en mente (...). Adoptado este medio estoi autorizado para decir á V. que no miraremos atras y olvidaremos, ó mejor no querremos saber nada de lo pasado en las vicisitudes de su carrera de V. y procederemos cual si las ignorasemos. Que buscaremos el medio de trasladar á V. aquí ocupandole en asuntos del servicio, algun reglamento especial, periodico de Sanidad militar, etc. y nos interesaremos por mejorar su suerte de V. Esto bajo condicion de que V. me escriba una carta, que ha de ver el Sr. Rubio, prometiendo bajo palabra de honor que se dedicará V. exclusivamente á los trabajos cientificos, y especialmente á los de su profesion, y se abstendra V. de tomar parte directa ni indirecta en asuntos políticos (...). Yo me alegrare de ver á V. prosperar aquí, que esta es posicion mas digna de V. que Barna. No tengo mas tiempo y aun esta carta es solo un mal borron pero no quiero retardar á V. su contenido.”⁵⁵

Pocos comentarios necesitan unas líneas tan elocuentes. Las siguientes cartas de Frau que encontramos en la correspondencia de Monlau -así como su conocida trayectoria profesional- confirman que escribió esa carta realizando esa promesa “bajo palabra de honor” que le abriría las puertas de la administración moderada en Madrid⁵⁶. ¿Estamos ante un giro ideológico copernicano o bien Monlau decidió optar, en ese momento de su vida, por la vía del pragmatismo guardándose para sí su credo político? Lo que sí está claro es que a partir de ese momento Monlau se dedicó exclusivamente -a parte de a sus bien recompensadas aficiones literarias- a la “práctica de la higiene” en sus distintas derivas. Otra forma (menos peligrosa) de hacer política y de avanzar, de forma práctica, en el camino del progreso y la moralización de la sociedad.

Para Monlau, la Higiene era un tipo de medicina que, “en rigor, no cura, pero que hace más que curar, porque preserva”. “Medicina salvadora, cuya vulgarización es mi deber, cuya trascendencia es inmensa, y cuyos progresos son la medida del bienestar del individuo, y de la prosperidad y cultura de los pueblos. (...) La Higiene (bien lo sabéis) no es la Física, ni la Química, ni la Historia natural, ni la Fisiología, ni la

⁵⁴ MARCH NOGUERA, J. (2001), *Jaume Salvà i Munar i el mallorquinisme científic*. Palma de Mallorca.

⁵⁵ Carta de R. Frau a P. F. Monlau, con fecha de 25 de octubre de 1846. Caja BB-II 297-98, Fondo Moragues-Monlau, BBMR.

⁵⁶ “Amigo Monlau: quedó contento de su carta de V. el amigo y yo tambien de que no defraudase V. las esperanzas que le habia hecho concebir”, Carta de R. Frau a P. F. Monlau, Madrid, 3 de Noviembre de 1846. *Ibid.*

Patología, ni la Moral, ni la Economía política, ni la Administración; pero es todo esto, y algo más que esto, porque es la resultante de todas esas ciencias aplicadas á la conservación y al mejoramiento de los individuos y de los pueblos”⁵⁷. Su insistencia en hacer de la higiene una disciplina con entidad propia –diferente de la fisiología, de la terapéutica, de la medicina legal- fue una constante a lo largo de su vida. Ronquillo en su necrológica hacía la siguiente defensa de la disciplina higiénica: “En buen hora que el anatómico, el operador, el químico, guarden y estanquen su ciencia: la ciencia subsistirá. Pero la Higiene sin la propaganda no es nada; y propaganda higiénica es la cátedra, el ateneo, el libro, los hospitales, cementerios y cloacas modelos. Si los individuos deben desconocer los preceptos de salubridad, cerrad las cátedras de la Higiene”⁵⁸. Es esa faceta de Monlau la que más le hace destacar como higienista en España: “su afán de popularizar los conocimientos higiénicos”. Un afán exitoso, pues según este admirador, “no hay persona en España que de medio ilustrada se precia que no posea alguna de sus obras”⁵⁹.

La propaganda era una necesidad para el desarrollo de la higiene como disciplina y Monlau se había propuesto que vulgarizarla era su deber. En la introducción del primer número de *El Monitor de la Salud de las familias y de la salubridad de los pueblos*, una revista quincenal que dirigió y redactó (casi enteramente) entre 1858 y 1864, establecía los objetivos de la publicación en los siguientes términos: “procurando ser claros y concisos en nuestros escritos, despojando nuestros escritos de todo aparato científico, y manteniéndonos a una altura accesible al común de los lectores, a fin de que puedan entendernos hasta las personas más rudas, pues estamos muy convencidos de que los consejos higiénicos sólo son realmente útiles cuando los comprende con facilidad toda la población”⁶⁰. El público lector a que iban dirigidas sus páginas lo especificaba el mismo Monlau así: “a cuantos necesiten conocer nociones de tipo médico para así evitar imprudencias, cortar las enfermedades en su origen y hacer menos temibles las epidemias, a cuantos estimen en algo su salud, y comprendan que instruir y dar consejos al pueblo para que esté sano y adquiera vigor y robustez, es ejercer un grande y saludable influjo en su moralidad”⁶¹. *El Monitor...* apareció durante seis años ininterrumpidamente sentando un precedente en España

⁵⁷ MONLAU, P. F. (1868), *Estudios superiores de higiene pública y epidemiología (asignatura de): curso de 1868 á 1869: lección inaugural dada el 8 de octubre de 1868 por el Ilmo. Sr. Dr. D. Pedro Felipe Monlau*, Madrid, Imprenta y estereotipia de M. Rivadeneyra.

⁵⁸ RONQUILLO, C. (1871), *Op. Cit.*, p. 14. Carlos Ronquillo, médico demócrata y republicano convencido que llegó a concejal electo durante la Primera República, consideraba a la higiene como una de las esperanzas de la clase obrera y al mercantilismo como una de los peores enemigos de la higiene.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 13.

⁶⁰ *El Monitor de la Salud*, 1, p. 3 (1858), citado en GRANJEL, M. (1983), *Op. Cit.*, p. 151.

⁶¹ *El Monitor de la Salud*, 3, p. 3 (1858), citado en MOLINER PRADA, A.; MOLINER PRADA, C. (2000), La aportación del doctor Monlau a la higiene española a través de *El Monitor de la Salud* (1858-1864), *Trienio*, n.º 35, pp. 187-213.

y convirtiéndose en la publicación de medicina doméstica más prestigiosa durante el reinado de Isabel II⁶².

Monlau consideraba la Higiene como un “código moral perfecto”⁶³. En todas sus publicaciones del tipo que fueran predominó siempre una declarada voluntad divulgadora y moralizante. Significativamente, del total de su rica y variopinta producción, su *Higiene del Matrimonio* fue la obra que gozó de una mayor difusión. Publicada en 1853, inauguraba el género de higiene conyugal en España, y fue reeditada al menos en ocho ocasiones en los años siguientes (1858, 1865, 1871, 1876, 1881, 1883, 1892 y 1898). Por si esto fuese poco para hacernos una idea de la centralidad del autor en la producción y popularización de los discursos en torno a la ideología de la domesticidad, en 1860 aparecieron sus *Nociones de Higiene Doméstica y gobierno de la casa*, un “librito” que compuso expresamente para cubrir una demanda que el artículo 5º de la reciente Ley de Instrucción Pública (Ley Moyano, 1857) había generado al disponer “que en las escuelas de niñas se den unas ligeras nociones de Higiene doméstica”⁶⁴. Esta difusión sin precedentes de “consejos al pueblo” para que crezca y se reproduzca con salud y vigor, constituye sin duda el mayor logro del higienista Monlau y es lo que nos ha llevado a considerarle hoy la más importante figura del higienismo español.

Conclusiones

El objetivo de este trabajo es, precisamente, analizar esos vínculos entre medicina e ideología, entre higiene y moral, al hilo de la especificidad de la vida de Monlau, su obra o distintas manifestaciones de su pensamiento y su paso por la administración, situando todas estas cuestiones tanto en el contexto político del reinado isabelino como en el contexto del desarrollo del higienismo en toda Europa.

No estamos ante un autor original ni ante un gran genio en términos científicos. Sencillamente, Monlau se ocupó de reunir una gran cantidad de información sobre las muy distintas materias que contempla la higiene y ponerlas al alcance del público español en sentido amplio. Si como técnico de la administración sanitaria parece haber tenido una participación activa en todos los procesos de toma de decisiones en

⁶² A imitación de revistas similares existentes en otros países como *Journal of Public Health and Sanitary Review* (Londres, 1851), *La Santé universelle* (París, 1851) o *Le Médecin de la Famille* (Lieja, 1856). GRANJEL, M. (1983) *Op. Cit.*, p. 43.

⁶³ MONLAU, P. F. (1857) *Elementos de Higiene privada ó Arte de conservar la salud del individuo*, Madrid, Rivadeneira, p. 344.

⁶⁴ MONLAU, P. F. (1860), *Nociones de Higiene Doméstica*, Madrid, pp. V-VI. Una Real Orden del 22 de enero de 1861 lo aprobaba, en efecto, como libro de texto “para la clase de lectura, en las escuelas de niñas” *Gaceta de Madrid*, nº 35, lunes 4 de febrero de 1861, motivo por el que en 1897 alcanzaba su séptima edición.

materia de higiene pública, como autor de tratados de higiene parece haber gozado de una gran presencia en muy diversos espacios, desde las aulas de las facultades de medicina, hasta los hogares de cualquier persona “que de medio ilustrada se precie”, pasando por las aulas de las escuelas de niñas. Sin duda, Monlau tuvo la suficiente influencia en la administración moderada a pesar de su pasado progresista, y el suficiente éxito con el cometido vulgarizador que se había propuesto, como para pasar a la historia como la figura más firme del higienismo español decimonónico. Además, su presencia en las tres primeras Conferencias Sanitarias Internacionales le colocó en una posición muy privilegiada respecto a sus contemporáneos. Si dibujásemos el mapa de la red de contactos con otros médicos de otros países que consiguió trabar, bastaría una rápida ojeada para darse cuenta del carácter eminentemente europeo del personaje. Este hecho, los viajes por Europa que esa posición le procuró, así como su exilio forzoso de dos años en París, explican su pronta asimilación de las doctrinas europeas en materia de higiene.

Una biografía contextual de Pedro Felipe Monlau constituye una excelente vía de entrada, mediante el recurso a lo individual y lo particular, a los contextos que surgieron de la compleja transición que estaba teniendo lugar en toda Europa entre el antiguo y el nuevo régimen. El interés que presenta una biografía contextual es precisamente que permite, como en este caso, poner en común muy distintos contextos. Si además se trata de la biografía contextual de un higienista, dadas las características de la higiene como disciplina, la puesta en común de contextos diferentes pero interrelacionados e interdependientes viene dada. De hecho, la historia de la salud pública constituye un terreno especialmente fértil para cultivar la interdiscipliniedad. Una biografía contextual de Monlau aúna ámbitos que generalmente permanecen separados en la historiografía al uso. Es el caso de la historia del liberalismo, la historia de la medicina (o de la higiene) y la historia de la difusión del ideal de domesticidad burgués. En la medida en que la higiene durante gran parte del siglo XIX –hasta la aparición de la bacteriología en el último cuarto de siglo y su efecto “neutralizador”– contemplaba cuestiones que iban desde la economía política, la moral, la administración o la ley, su permeabilidad con el contexto cultural y moral era absoluta.

Si, por un lado, los intereses en materia de salud pública de los distintos estados de Europa estaban directamente ligados a los intereses económicos de esos estados, por otro lado la función moralizadora de la medicina y la higiene era crucial y manifiesta. Sobre la base de ese afán moralizador descansa la centralidad del discurso médico-higienista en la configuración de los ideales de género decimonónicos. De ello nos está informando el caso de Pedro Felipe Monlau, y las distintas vicisitudes que conforman su relación con la política: de lo enmarañado que se encuentra en esos momentos lo pretendidamente científico-técnico con lo político, lo social, lo moral, lo religioso. Una realidad que adopta una forma particular en España pero que era general al conjunto de Europa.